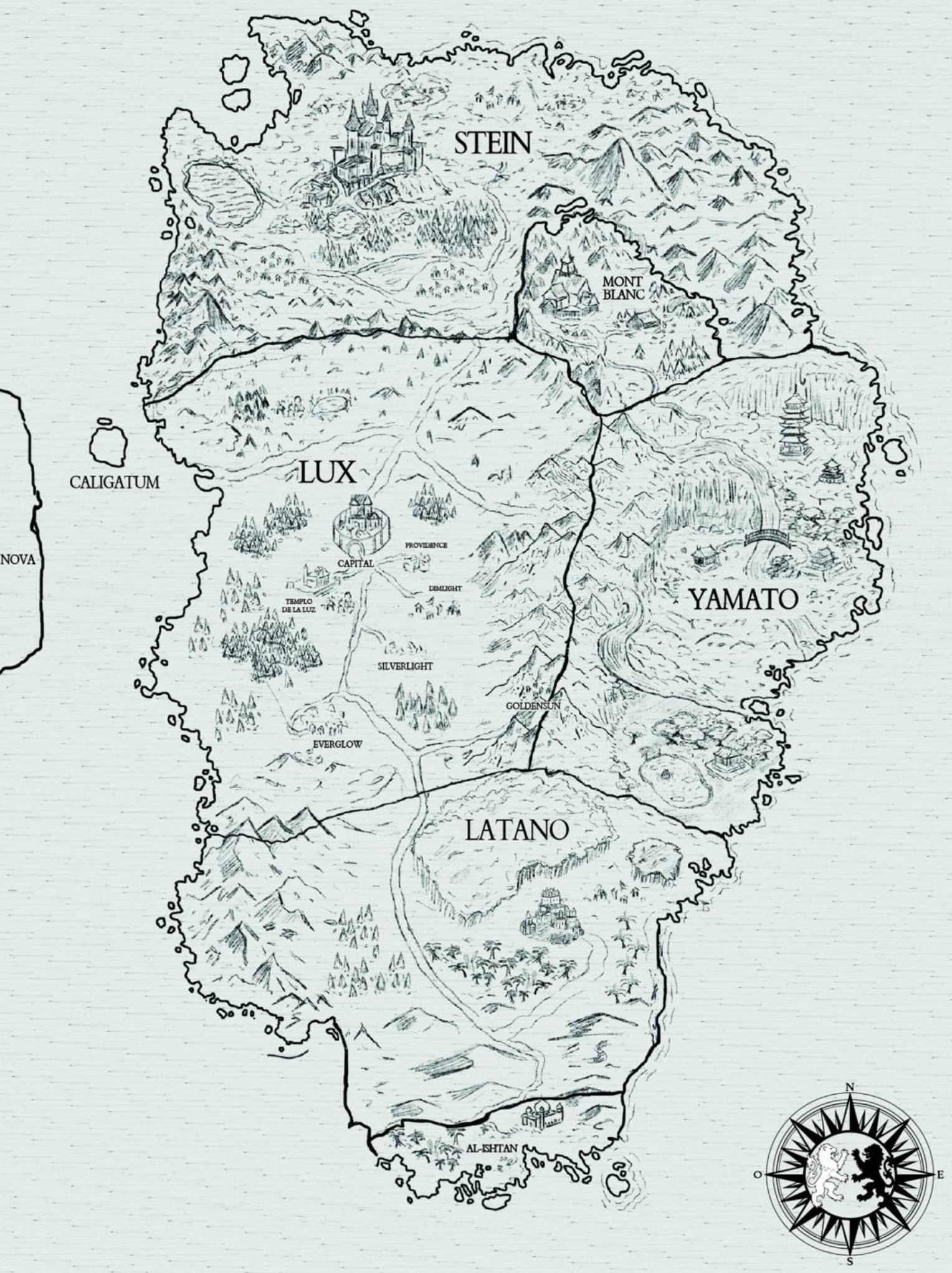
El Reino de Lux

Victoria Stellari


STEIN
MONT BLANC
CALIGATUM
LUX
NOVA
CAPITAL
PROVIDENCE
DIMLIGHT
TEMPLO DE LA LUZ
SILVERLIGHT
GOLDENSUN
EVERGLOW
YAMATO
LATANO
AL-ISHTAN
N
O
E
S



CAPÍTULO 4

Bocaza

El corto viaje hasta Palacio lo hicieron en silencio. Los dos estaban nerviosos, pero trataban de enmascarar lo mejor posible sus emociones para que el otro no se diera cuenta.

—Su Majestad les espera en el Salón del Trono. —les informó el teniente al descender del coche.

Entraron a Palacio raudamente y, antes de cruzar las puertas del Salón del Trono, Peter le preguntó a Ann:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Ann asintió:

—La audiencia de ayer.

—Mejor no hacerlo esperar más. Mac, por favor…

—Trataré de mantener la boca cerrada, Capitán —respondió con una sonrisa que trataba de transmitirle una confianza, aunque no la sentía.

Cruzaron la puerta y caminaron a paso de marcha por la fina alfombra roja con bordados dorados que lleva hasta los tronos.

El Salón del Trono era un poco más grande que el Salón de Audiencias. Las paredes eran de fino mármol liso y las cortinas, eran de terciopelo azul, bordadas con hilo de plata. Varias lámparas de araña colgaban del techo. Al igual que en la Sala de Audiencias, los tronos estaban ubicados sobre una tarima. Para llegar a ellos había que subir una pequeña

escalera, que estaba resguardada por la Guardia de Palacio. Sobre los tronos estaba el escudo del Reino de Lux: un león rampante plateado envuelto en un azulado haz de luz y, bajo este la leyenda: «Honor, Verdad, Justicia».

Peter y Ann se hincaron a los pies de la escalera y esperaron a que el Rey se dirigiera a ellos.

El Rey, un hombre de más de sesenta años, alto y un poco obeso, estaba sentado en su trono y los miraba con visible molestia. El Príncipe Richard, que estaba de pie junto al trono de su padre, también los observaba con molestia. Detrás del trono había tres hombres y dos Guardias Reales. Ann, antes de hincarse, alcanzó a fijarse de que uno de los hombres era el Barón Jackson.

—¡De pie, Capitán! —ordenó el Rey con su voz grave.

Peter se puso de pie y, sin mirarle directamente a la cara.

—Me alegra verle de regreso, Majestad.

—Guárdese sus sentimientos. En este momento no me interesan —escupió con acidez.

Estiró su mano derecha y el Barón Jackson se acercó para entregarle dos carpetas.

—Se me ha informado que durante mi ausencia se cometieron actos que no son en absoluto de mi agrado. Un grupo de mendigos se tomó el Salón de Audiencias y, además, arrasaron con los regalos que mis leales súbditos me trajeron como muestra de su gratitud y, por si fuera poco, se lleven media despensa real. ¡Eso es intolerable! ¿Explíqueme en qué estaba pensando, Capitán? —le preguntó a Peter, tirándole la carpeta.

Ann observó al Rey con una mezcla de sorpresa y rabia escondida, confirmando por qué el pueblo odiaba tanto a la familia real. Si era capaz de tratar así a un miembro de su familia se podía imaginar lo que significaba el pueblo para él.

—Majestad, creo que quien mejor puede responder a sus inquietudes es Su Majestad la Reina —contestó Peter, tratando de sonar tranquilo mirando la carpeta que había caído a sus pies.

—Lo hablaré con Su Majestad cuando llegue. Le pregunto a usted por meterle ideas absurdas en la cabeza. Ahora resulta que mi Reino está mal. ¡Pues no es así! No hay problemas. Me reúno cada semana con duques y condes, y ninguno me ha contado

historias como las de usted. Lamento si le afectó tanto la Pacificación de Everglow, pero eso no le da derecho de pensar que en todas partes es así y menos convencer a Su Majestad a Reina de esto.

—Majestad…

—¡Cállese la boca! No le he permitido hablar —bufó el Rey—. Por mucho tiempo he permitido que usted desprestigie a mis hombres de confianza porque es el sobrino de la Reina. Pero todo tiene un límite, y usted lo cruzó al traer a esta mujer para que asesore a Su Majestad —miró con rabia a Ann y alzó la voz— ¡Levántese, teniente!

Ann se puso de pie, haciendo un gran esfuerzo por no demostrar lo enojada que estaba. Miró de reojo a Peter y sabía que él tenía el mismo problema.

—¿Usted cree saber más que yo o que mis consejeros, teniente? —le preguntó con acidez el Rey.

—Majestad, ella manipuló a nuestra Reina, haciéndole creer que yo deseo traicionarlos y poner al reino en su contra. —añadió Jackson visiblemente afectado, con un tono ofendido que intentaba mantener bajo control frente al rey.

—No, Majestad. Solo en algunos casos. —respondió Ann ignorando a Jackson.

El Rey se levantó furibundo de su trono y encaró a Ann:

—¿Qué fue lo que dijo?

—Majestad, no pretendo faltarle el respeto.

—¡Entonces cierre la boca! —volvió a sentarse en su trono y abrió la segunda carpeta—. Usted no es más que una aprovechadora. Ha admitido abiertamente que nos desprecia, pero no tiene problemas en quedarse en Lucis. Habla pestes de nosotros, pero permite que la alimentemos. Es una farsante. En su expediente dice que viene de un pueblo pequeño, que creció en un orfanato, no tiene familia, y no me extrañaría que ni siquiera sepa si ese es su verdadero nombre. Sin educación, ha sido problemática en el Ejército. En pocas palabras, usted es una Doña Nadie alborotadora que busca figurar. Usted no es nada y la muy sinvergüenza quiere ser consejera de Su Majestad la Reina.

A Ann le estaba siendo muy difícil continuar con la boca cerrada, pero estaba haciendo uso de todo su autocontrol para no hacerlo, porque después de todo, a quien tenía en frente era el Rey.

—No sé qué se ha imaginado, mi señor, pero sinvergüenzas como ella no deberían tener lugar en este palacio —agregó Jackson con desdén.

Ann apretó la mandíbula, incapaz de contener la rabia.

—No estoy aquí por placer. Si vine fue porque Su Majestad la Reina así lo quiso. Es ella quien está interesada en mí, a pesar de saber que no es mi intención trabajar en Palacio.

—¡Mac! —la regañó Peter en voz baja.

El Rey volvió a levantarse de su trono y, alzando la voz, sentenció:

—¡Mentira! Usted está aquí para adquirir poder. Ayer manipuló a la Reina para hacerle creer una realidad que no existe.

—Sí existe, Majestad —replicó Ann—. Es usted el que no se da cuenta porque cree ciegamente en sus consejeros

—Usted no es nadie para cuestionar a mis consejeros. Ellos se han ganado mi confianza. Ellos no me mienten. —replicó el Rey enrojecido en cólera.

Ann ignoró los intentos mal disimulados de Peter para tranquilizarla y le dijo al Rey apenas conteniendo su malestar.

—Si fuese así, Majestad, si sus consejeros y hombres de confianza no le mintieran, jamás hubiese ocurrido lo de Everglow.

—¡Demonios, Mac! —murmuró visiblemente asustado Peter al ver que tres Guardias de Palacio rodearon a Ann, preparados para desenvainar sus espadas si el Rey lo ordenaba.

El Rey se acercó a Ann como si se tratara de una presa a cazar. Siseando, le preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso, teniente?

—Mac —susurró Peter, rogándole con la mirada que no dijera nada.

—Que no hay peor ciego que el que no quiere ver, Majestad —le contestó, mirándolo desafiantemente a los ojos.

El Rey resopló con incredulidad. Luego la rabia se apoderó de él y le gritó a los Guardias de Palacio:

—¡Llévenla al calabozo!

Dos Guardias sujetaron de los brazos a Ann, a pesar de que ella no opuso resistencia. Le hirvió la sangre al ver como el Barón Jackson disfrutaba del espectáculo. Pudo ver de reojo cómo Peter bajaba la cabeza y cerraba los ojos con pesar.

***

El capitán de la Guardia de Palacio, que el día anterior le había impedido ingresar al Salón de Audiencias, fue el encargado de escoltarla hasta los calabozos.

Descendieron por una escalera detrás de los tronos hasta el subterráneo. Por el olor que había, Ann pudo saber que estaban cerca de las cocinas.

El capitán abrió una puerta y descendieron por una angosta escalera de caracol que llevaba a un largo túnel. Mientras caminaban, pudo notar que a los costados del túnel había algunas puertas, todas metálicas y cerradas con varios cerrojos. Al final del túnel había una puerta más gruesa, custodiada por un guardia que los dejó pasar sin hacer preguntas. Llegaron a un pequeño salón en el que había un par de bancas y, junto a una puerta metálica, un puesto de guardia.

El capitán le dijo al guardia de turno:

—Traemos a una prisionera.

El sargento presionó un botón en la muralla que tenía a su espalda y la puerta metálica se abrió. Ann notó que, por el pasillo, se podía ver una hilera de celdas.

El sargento les hizo pasar a una pequeña habitación en la que había una mesa y, ocupando toda la pared, un casillero metálico.

—Quítese el abrigo y vacíe los bolsillos de su uniforme —le pidió el sargento.

Ann hizo lo que se le ordenó. Dejó su gorra y el abrigo sobre la mesa. De sus bolsillos sacó sus documentos y algo de dinero, se quitó el reloj de su muñeca y también los dejó sobre la mesa.

El capitán le preguntó al sargento:

—¿Qué celda está disponible?

—Están casi todas libres, señor. Solo están ocupadas las más cercanas por riñas entre guardias.

—¿Las del fondo están desocupadas?

El sargento miró a Ann con curiosidad y luego contestó:

—No hay nadie al fondo, señor.

El capitán hizo una mueca altanera y salió de la habitación.

Mientras avanzaban hasta el final del pasillo, Ann pudo darse cuenta de que las celdas estaban menos iluminadas, que eran más frías y, lo más importante, que si gritaba nadie la iba a escuchar. Le recordó a los primeros castigos que recibió cuando era tan solo una soldado. Las celdas más lejanas eran para darles una lección a los insubordinados.

Sus temores se vieron confirmados cuando no entró sola a la celda. Los tres guardias lo hicieron con ella, y los dos que aún la llevaban sujetada de los brazos no parecían tener intención de soltarla. El capitán se puso frente a ella y, a pesar de la casi completa oscuridad, pudo vislumbrar su rostro lleno de odio. Al saber lo que iba a pasar, cerró los ojos y esperó el primer golpe.



CAPÍTULO 5

Decisiones

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí. Por experiencia sabía que, en los calabozos, el tiempo pasaba mucho más lento. Para combatir el aburrimiento, se dedicó a contar las veces que la luz de la lámpara que tenía fuera de su celda titilaba antes de quemarse.

Estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared y con una pierna recogida, refugiándose en la oscuridad. Lo único que se podía ver desde fuera era la bota de la pierna que tenía estirada. Le dolía el cuerpo. Con ironía, pensó que había perdido la costumbre de recibir golpizas.

Por primera vez en su vida no estaba desesperada por salir del calabozo. Antes había insultado a militares y a algunos nobles, aunque ahora reconocía que se había equivocado. Faltarle el respeto al Rey podía costarle la vida. No era que se arrepintiera de lo que le dijo; si hubiese podido, le hubiera dicho más cosas. El problema era que no tenía ganas de morir aún, y menos ser ejecutada. Una lágrima que corrió por su rostro le hizo reconocer que tenía miedo, pero no iba a permitir que nadie se diera cuenta de ello.

Escuchó unos pasos que se acercaban. Rogó internamente que se detuvieran, mas no fue así hasta que llegaron a su celda. Levantó la cabeza y vio que quien la visitaba era Peter.

—Mac, ¿estás ahí? —preguntó tratando de ver en la oscuridad, acercando la cabeza a los barrotes.

—No, es mi bota la que te habla —contestó con ironía—. ¿Vienes solo?

—Sí —se quedó mirándola con una mezcla de miedo y reproche.

—Solo dilo. —Ann le soltó mientras resoplaba.

—No has cambiado. —Peter respiró hondo.

—Lo sé. Mi boca está conectada con mi trasero.

Peter hizo una mueca que parecía una sonrisa y se apoyó en la pared junto a la lámpara que había mantenido entretenida a Ann.

—¡Ah! Perdí la cuenta —se quejó.

Peter la miró sin comprender.

—La lámpara. La luz ha estado titilando.

Peter sonrió genuinamente:

—De verdad que no has cambiado.

—Por eso me adoras.

—Sí, claro —murmuró con ironía—. ¿Cuánto llevabas?

—Ciento treinta y algo. ¿Cuánto llevo aquí?

—Poco más de tres horas. Lo que en horas de calabozo se transforman en unas diez.

—¿Qué se siente estar del otro lado de los barrotes?

—Bien, porque mi cuello no es el que está juego —contestó medio en broma.

—Sí… esta vez sí que me pasé de la raya, ¿verdad? —admitió derrotada.

—No dijiste ninguna mentira.

—Trata de convencer al Rey de eso.

Peter se puso en cuclillas junto a los barrotes:

—Mi tía llegó hace unos momentos a Palacio. Además, fui a buscar a la abuela Amanda. En estos momentos está reunida toda la familia Real.

—¿Eso en qué me beneficia?

—En que tienes altas posibilidades de que no te corten la cabeza.

—Pero es muy probable que me den de baja —reclamó enojada—. Le había costado mucho trabajo llegar a ser teniente del Ejército Real y le encantaba su actual asignación. No quería perderlo todo por no saber mantener la boca cerrada.

—Mira el lado positivo. Ahora es imposible que te admitan en la Guardia Real.

—Genial, cuando salga de aquí nos vamos a celebrar —soltó con ironía.

—Mac… yo…

—Olvídalo —le interrumpió.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Tienes cara de culpa.

—Perdóname. Si no fuera por mí, no estarías aquí —insistió apesadumbrado.

—Estoy aquí porque no puedo controlar mi bocota.

—Mac…

—Si sigues tratando de disculparte, lo primero que haré al salir de aquí va a ser patearte el trasero. ¿Está claro? —lo fulminó con la mirada.

—Está bien. Sé que lo harías —terminó, riéndose.

Se escucharon nuevamente pasos, y Peter se puso de pie. Cuando el capitán llegó a la celda, sacó de su bolsillo un manojo de llaves, abrió la puerta y habló con notable molestia:

—Su Majestad el Rey ha ordenado su liberación.

Ann resopló y murmuró:

—Justo cuando me estaba encariñando con el ratón de la esquina.

—¡De pie! —ordenó el capitán.

—No es necesario que grite, Edwards —le dijo Peter con acidez.

—Tengo órdenes de llevar a la teniente ante Su Majestad en el Salón del Trono. —comentó el capitán con el ceño fruncido.

Ann se puso de pie, pero aún seguía oculta en las sombras de la celda.

— Yo la llevo, Edwards.

—La orden me la dio Su Majestad el Rey en persona, capitán.

—Entonces los acompaño —al ver que al Edwards no le agradó su comentario, le preguntó—. ¿Algún problema, capitán?

—No, capitán —respondió demostrando todo lo contrario.

—Vamos, Mac.

Ann salió a regañadientes de la celda. No quería enfrentarse al Rey.

Peter al verla se puso pálido. Ann tenía el labio inferior roto e inflamado, un corte sobre la ceja izquierda y su mejilla derecha estaba de un color rojizo. En su mentón y en el costado izquierdo de su cara había trazos de sangre seca. Se había abierto la chaqueta de su uniforme, quedando expuesta su camiseta blanca con algunas manchas de sangre. Su uniforme estaba sucio. Estaba un poco encorvada, con su mano derecha apoyada sobre su costado izquierdo, y su corta cabellera castaña estaba desordenada.

—¿Qué te pasó?

—Me recordaron cuál es mi lugar, capitán. —contestó con una sonrisa mordaz.

Peter tomó de las solapas al Capitán Edwards y lo estrelló contra la pared sin darle tiempo de defenderse.

—¿Quién dio la orden?

—¿Qué te importa, Von Croy? Es una plebeya de la peor calaña.

—Eres un cobarde, Edwards. Te prometo que esto no va a quedar así —Oeter estaba conteniendo las ganas de partirle la cara. Lo soltó y le dio un empujón. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció a Ann.

—¿Estás bien?

Ann se negó a recibir el pañuelo, haciéndole un gesto con la mano.

—Sí. Los de la Guardia Real golpean como niñas.

Enojado por el comentario, el Capitán Edwards le ordenó:

—¡Límpiese la cara, teniente!

—Si lo hago, volveré a sangrar, señor. No creo que a Su Majestad le agrade verme en un estado más deplorable que este —añadió con acidez.

—Andando. No hay que hacer esperar a Su Majestad. —murmuró el Capitán Edwards entre dientes, apartando los puños.

Caminaron hasta la habitación junto al puesto de guardia, donde le devolvieron a Ann todas sus pertenencias. Se cerró la chaqueta y Peter le ofreció el abrigo, pero negó con la cabeza. Si se lo ponía, el dolor en las costillas iba a aumentar considerablemente. Peter la miró con preocupación y se puso el abrigo y la gorra de Ann bajo el brazo.

Volvieron a la superficie sin cruzar palabras. Ann tenía demasiada rabia como para entablar una conversación amistosa.

Cuando entraron al Salón del Trono, notaron que toda la familia real estaba presente. Los Reyes estaban sentados en sus tronos. Al lado del Rey estaban sentados el Príncipe Richard y la Reina Madre, y junto a la Reina estaban los Príncipes George y Scott. Los consejeros reales estaban sentados a un costado de la tarima. Los escoltas personales estaban a los pies de los tronos y, para donde mirasen, había miembros de la Guardia de Palacio.

Los dos se hincaron al pie de los tronos y el Capitán Edwards anunció:

—Majestades, ante ustedes Su Alteza Imperial, Duque de Nordenstein y Capitán de la Guardia Real, el Barón Peter Von Stein, y la Teniente del Ejército Real, Ann Mackenzie.

—Pueden levantarse —dijo con hastío el Rey.

La Reina se levantó rápidamente de su trono y se acercó a Ann. Colocó la mano bajo su mentón y le examinó la cara:

—¿Qué le ocurrió, teniente?

La cara de impotencia de la Reina se veía reflejada en el Príncipe Scott y en la de la Reina Madre. El Príncipe George miraba con el ceño fruncido y el Príncipe Richard parecía avergonzado. El Rey ni siquiera se molestó en mirarla.

Ann pudo observar como el Barón Jackson trataba de esconder el rostro y que el Capitán Edwards y los otros dos guardias trataban de no demostrar lo nerviosos que estaban.

—No es nada, Majestad. Mi torpeza me hizo rodar por las escaleras —contestó con tono irónico.

Nadie le creyó, menos el Capitán Edwards, que no pudo ocultar la sorpresa de su rostro.

—Tienes razón, es una terca —susurró la Reina en voz baja, dejando escapar un suspiro; lo bastante alto para que Ann la escuchara, obligando a Peter a contener una sonrisa. Luego se giró para volver a su trono.

—Cuando arribé hace cerca de una hora a Palacio, se me informó de lo sucedido esta tarde. Lamento mucho lo ocurrido, Teniente Mackenzie. Espero de todo corazón que esto no perjudique los avances que logramos en conjunto el día de ayer —le dio una mirada al Rey y continuó—. Le expliqué lo que en realidad ocurrió a Su Majestad, demostrándole que usted en ningún momento me obligó a nada ni se tomó atribuciones que no le correspondían, a diferencia de algunos consejeros de la Corona.

El Barón Jackson parecía querer hundirse en su asiento.

—Junto con los Príncipes George y Scott, le contamos a su Majestad lo que vimos y escuchamos. Le pusimos al tanto de la realidad que ignoramos y que ha sido encubierta de manera vergonzosa por personas que pensábamos eran de nuestra más absoluta confianza.

El Rey refunfuñó:

—Eso no es aún una certeza.

—Para lo cual investigaremos, Majestad —añadió la Reina con la calidez que la destacaba, que a pesar de demostrar dulzura tenía una firmeza que a algunos atemorizaba y agregó—. Por lo que más tarde debemos resolver el asunto de que se han dado órdenes en nuestro nombre sin autorización —finalizó mirando fijamente al Barón Jackson, quien palideció al escuchar esto.

—Es cierto que no poseía toda la información, pero eso no quita el hecho de que usted me faltó el respeto, teniente. Exijo una disculpa de su parte. —el rey la miró con notable hastío.

Ann se quedó en silencio, mirándole sin emoción alguna.

Todos los que se encontraban en el salón esperaban las disculpas de Ann, que nunca llegaron.

El Rey se puso de pie y, tratando de no alterarse, insistió:

—Pídame perdón.

Ann, con una mueca incómoda, hizo una reverencia:

—Perdóneme, Majestad, por ser una Doña Nadie aprovechadora. Una farsante alborotadora que ni siquiera sabe si el nombre que porta es el de ella. Una sinvergüenza que no merece estar en Palacio. Lamento que el ser «nada» le ofendiera.

El silencio se apoderó del salón. Todos miraban con incredulidad a Ann ante su atrevimiento.

El Rey la miraba perplejo. Se sintió sumamente insultado por las palabras de Ann. Chasqueó los dedos y su escolta personal, en un rápido movimiento, golpeó con un pie por detrás las piernas de Ann, haciéndola caer de rodillas. Desenvainó su espada y se la puso en el cuello.

—¡Deténgase, coronel Armstrong! —ordenó la Reina.

El coronel no bajó la espada y miró al Rey, esperando instrucciones.

—Majestad, le ruego considere lo que está haciendo. —la Reina lo miró con preocupación.

—Esta mujer se está burlando de mí. Eso no se lo tolero a nadie —bufó.

—Con todo respeto, Majestad —intercedió Peter—. La Teniente Mackenzie solo repitió lo que usted le dijo esta tarde. Con exactamente esas palabras usted le acusó.

—Majestad —añadió la Reina—. No es necesario ser tan drástico por un malentendido. Es la primera vez que la teniente trata con la realeza y puede expresar algo que puede ser mal interpretado sin ser esa su intención —miró a Ann con seriedad y le pidió—. Teniente, por favor, discúlpese.

Ann comprendió que la Reina le estaba salvando el cuello, por lo que se tragó su orgullo y bajó la cabeza:

—Le ruego me perdone, Majestad.

El Rey, sintiéndose satisfecho, con un gesto de su mano le indicó a su escolta personal que envainara su espada.

—Puede levantarse, teniente —le señaló la Reina.

—Gracias, Majestad.

El Rey le ordenó:

—¡Retírese!

Ann se hincó respetuosamente y se retiró del salón sin mirar a nadie. Estaba furiosa y no quería que le dieran motivos para volver al calabozo.

Volvió a su habitación, ignorando los constantes intentos del teniente Roberts de llevarla a la enfermería.

—Teniente, de verdad debería ver a un doctor —insistió Roberts.

—Estoy bien. Gracias por acompañarme — Ann abrió la puerta de su habitación, entró y la cerró sin darle oportunidad al teniente de replicar.

Se dio una ducha caliente para aliviar su cuerpo. Odiaba admitirlo, pero el Capitán Edwards en realidad le había golpeado duro. Solo su orgullo había logrado mantenerla en pie. Dejó que el agua le corriera por la cara. Si había algo que odiaba más que la arrogancia de los nobles era el olor a sangre. Ese olor traía a su mente recuerdos que prefería olvidar. Mientras crecía, fue testigo de cómo soldados herían y mataban a gente imponiendo el orden en su pueblo. Unos años más tarde, ella se convirtió en uno de esos soldados con las manos manchadas de sangre.

Salió de la ducha y se puso una camiseta y un pantalón de algodón. Miró su reflejo en el espejo del baño y pudo ver en qué estado había quedado. Las heridas estaban limpias, habían dejado de sangrar, pero estaban abiertas. Le encontró la razón al teniente Roberts al darse cuenta de que, en realidad, debía ir a la enfermería. Desechó rápidamente esa idea y esperó que las heridas no volvieran a sangrar. Se levantó la camiseta y observó su costado izquierdo. Sobre sus costillas comenzaba a aparecer una dolorosa mancha morada, pero respiró tranquila al verificar que no tenía ningún hueso roto.

Le dolía sobremanera el cuerpo, pero dolía más el orgullo. La humillación a la que estaba siendo sometida la quemaba. Le dolía que su palabra no valiera nada frente al rey. Era algo que se esperaba, pero vivirlo era distinto. La manera en que el monarca escupía sus palabras era una daga que la atravesaba. Ver con sus propios ojos que, para él, no era más que un parásito que se alimentaba de ellos: una ingrata que no valoraba lo que él creía que hacía por ella. Una basura que debía ser puesta en su lugar.

Toda la injusticia que había vivido se agolpó en su cabeza, queriendo estallar, pero reprimió ferozmente todo su malestar para no terminar peor de lo que ya estaba. Debía mantenerse firme, no mostrar debilidad ni flaqueza frente al horrible monarca que la miraba como si fuese escoria.

Abrió el clóset y sacó su maleta y su bolso. Guardó toda su ropa y pertenencias, menos un uniforme que dejó sobre la silla que tenía junto a la cama. Terminó de hacer su equipaje y lo colocó junto a la puerta. Por un momento pensó en irse de inmediato de la ciudad, pero recapacitó y decidió hacerlo después de hablar con la Reina y con Peter.

Se recostó en su improvisada cama y el sueño se apoderó rápidamente de ella, quedándose dormida de inmediato.

***

Unos golpes en la puerta la despertaron. Estiró su mano hasta el velador y cogió su reloj. Resopló con enfado al ver que había dormido cerca de quince minutos.

Cuando golpearon nuevamente, gritó somnolienta:

—¡No tengo ganas de hablar contigo, Von Croy!

—No soy Peter, Annie.

Ann se levantó de un salto al reconocer la voz del Príncipe Scott. Abrió la puerta y se quedó congelada al ver que no solo era él, sino que también el Príncipe George.

—¿Podemos pasar? —le preguntó el menor de los príncipes.

Ann al no tener otra opción, asintió y les dejó entrar.

El Príncipe George encendió la luz y se apoyó en la muralla junto a la ventana que daba a los jardines.

—Perdón por venir de esta manera, Annie, pero estábamos preocupados. A Peter lo encerraron en su habitación y hay guardias en su puerta por si quiere escapar, y mamá no puede venir para que mi padre no sospeche.

Ann los miraba boquiabierta.

—Yo solo acompañé a Scott para que no se meta en problemas —comentó el Príncipe George con tono monótono, mirando por la ventana.

El Príncipe Scott se quitó la mochila de la espalda.

—Siéntate en la cama.

—¿Alteza?

El Príncipe sacó de su mochila un pequeño botiquín y, mostrándoselo le volvió a decir:

—Siéntate en la cama, Annie.

Ann obedeció y el Príncipe le estudió las heridas:

—El que te hizo esto es un desgraciado. Te voy a colocar unas suturas.

—¿Suturas? —preguntó, asustada al pensar que el Príncipe iba a sacar una aguja e hilo.

Le mostró unas tiras autoadhesivas:

—No creo que quieras que vuelvan a sangrar —y con una mueca de dolor agregó—. Primero tengo que desinfectar.

Cuando el algodón con alcohol tocó el corte sobre la ceja, apretó los labios para no quejarse, con la mala suerte de que estos volvieron a sangrar. El Príncipe Scott le pasó otro trozo de algodón y le indicó que se lo pusiera en la boca.

—¿Pretende marcharse, teniente? —le preguntó el Príncipe George al ver su equipaje junto a la puerta.

—Sí, Alteza. No pertenezco a este lugar —le contestó como si fuese algo obvio.

El Príncipe terminó de ponerle las suturas arriba de la ceja y las cubrió con una cinta transparente:

—Te necesitamos, Annie. Sobre todo ahora que a Jackson lo suspendieron de sus labores por dar órdenes en nombre de mamá, sin su consentimiento. Si no fuese por el juramento de mi padre con el padre de Jackson, él ya estaría fuera de palacio.

—No creo que pueda ayudar más de lo que ya hice, Alteza. No sé de qué otra manera pueda aconsejar a Su Majestad.

—No conoces a los idiotas que rodean a mis padres.

—Conocí al Barón Jackson —respondió con una mueca de dolor cuando el Príncipe le quitó el algodón de la boca.

—Jackson es uno de los más inofensivos —le dijo el Príncipe Scott.

—Usted sirvió con mi primo en Everglow, ¿verdad? —le preguntó el Príncipe George.

Ann solo pudo asentir.

—La historia que nosotros conocemos, la historia que está en los libros, no se parece en nada a lo que ustedes vivieron. Nos han mentido en cosas muy importantes. ¿Es tanto el descontento de la gente, teniente?

—Listo —el Príncipe Scott sonrió satisfecho al terminar de curarle el labio.

—Muchas gracias, Alteza — Ann sonaba genuinamente agradecida. Luego se dirigió al Príncipe George—. Es peor de lo que se imagina.

El Príncipe George sacó su libreta y se puso a anotar algo. Sin mirar a su hermano, le dijo:

—Revísale el costado izquierdo.

El Príncipe lo miró con curiosidad.

—En el Salón estuvo todo el tiempo con la mano derecha sobre su costado —le explicó mientras continuaba anotando en su libreta.

—Estoy bien, Alteza. No hay nada roto —Ann forzó una respiración lenta; al moverse, una punzada le tensó el costado.

El Príncipe Scott se sentó junto a ella:

—Espero que mamá te convenza y te quedes.

—No va a ocurrir ,Alteza —contestó con una sonrisa sincera—. Con mi bocota no creo que logre sobrevivir más de una semana en este lugar —miró con curiosidad al joven Príncipe y le preguntó—: ¿A usted le gusta la medicina?

Los celestes ojos del Príncipe Scott se iluminaron:

—Sí, me encanta. Pero me gusta más la mecánica.

—Con la medicina puede ayudar a más gente que con la mecánica, Alteza.

—Lo sé. Pero la diferencia es que con la mecánica puedes crear muchas cosas, puedes probar distintos tipos de materiales y, si no resulta, empiezas de cero. En cambio, con la medicina no puedes cometer errores. No me gusta la idea de jugar con la vida de una persona.

Ann asintió comprensivamente. Lo dudó un momento y, al final, se dio ánimos para poner su mano suavemente sobre la del joven Príncipe:

—Muchas gracias, Alteza. Un Príncipe como usted es lo que necesita este reino —retiró su mano y se levantó de la cama—. Y muchas gracias a usted también, Alteza —le dijo al Príncipe George, quien resopló impasible.

Ann tuvo que contener una sonrisa al ver la cara del Príncipe Scott, que aún estaba sentado a los pies de la cama. Estaba sonrojado y algo nervioso:

—¿Se encuentra bien, Alteza?

—Es la primera vez que una mujer le toma la mano —comentó el Príncipe George con su constante tono indiferente.

—¡Eso no es cierto! —reclamó el Príncipe Scott, sonrojándose más.

Ann palideció y preguntó:

—Alteza, ¿Le he ofendido? Dígame que no voy a perder mi cabeza por esto.

—Si no es así, ¿por qué te sigues sonrojando? —le preguntó el Príncipe George, ignorando a Ann.

—No sabes de lo que hablas, topo —replicó el Príncipe Scott.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó el Príncipe George, cerrando de golpe su libreta, con un fastidio apenas disimulado.

—Tú empezaste —se defendió el Príncipe Scott, poniéndose nervioso.

El Príncipe George sacó un papel de la libreta y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Se acercó a Ann y le entregó el papel:

—Su majestad la Reina se disculpa por lo ocurrido y lamenta no poder hablar con usted en persona. Me pidió que le dijera que espera que esto no empañe vuestra relación y que decida quedarse. Si así lo hace, puede ocupar esta habitación hasta que se le asigne una propia. Le advierto que no trate de ingresar al Palacete porque Su Majestad el Rey prohibió su entrada. Peter tratará de ponerse en contacto con usted lo antes posible. Me pidió que le dijera que por lo menos le permita devolverle sus pertenencias.

—Gracias, Alteza. Por favor, exprésele mi gratitud a Su Majestad la Reina.

El Príncipe George frunció el ceño y murmuró:

—Ahora me tienen de recadero.

—Que sirvas para algo —bromeó el Príncipe Scott.

El Príncipe George colocó su mano sobre la cabeza de su hermano.

—Vámonos, enano.

—¿Enano? ¡No soy enano! —reclamó enojado.

—Eres más bajo que la teniente.

—Somos de la misma estatura.

—Teniente, ¿cuánto mide usted?

—1,72, Alteza.

El Príncipe Scott bajó la cabeza avergonzado y murmuró:

—Son solo dos centímetros.

Ann estaba haciendo un gran esfuerzo por contener la risa. Nunca se habría imaginado que los príncipes dejaran el protocolo de lado frente a ella, demostrando ser dos hermanos que disfrutaban sacar de quicio al otro.

—Que tenga un buen viaje, teniente —le dijo el Príncipe George.

—Gracias, Alteza.

—Y yo que esperaba que me ayudaras con mi proyecto —murmuró, y con una sonrisa agregó—: Si vienes a la ciudad, pasa a saludarnos. Nos vemos.

Ann se despidió de ellos con una reverencia y cerró la puerta de su habitación. De verdad quería irse lo antes posible de esa ciudad, pero tenía que admitir que tenía sentimientos encontrados con su decisión. Si alguien le hubiese dicho que llegaría el día en que ella no repudiara a algunos miembros de la familia real, se hubiese reído en su cara… o probablemente le hubiera golpeado… o las dos cosas. No podía creer que ahora se preocupaba por ellos y por el futuro del reino. Por el futuro del reino era lógico, pero por la familia real era algo insospechable. Admitió que no por toda la familia real: el Rey no le podía importar menos, y tampoco le importaba el Príncipe Richard, aunque con él no había cruzado palabra. Pero por la Reina, la Reina Madre y los Príncipes Scott y George, sentía algo parecido al aprecio. Incluso comenzaba a sentir respeto por ellos.

Resopló enojada y murmuró:

—Todo es culpa de Von Croy —y se metió a su improvisada cama.